



José de Benito



España, botín eterno

De *Estampas de España e Indias*



I. Alborada del Corso en Indias



El destino del «Samson». 1527

Aguas abajo avanzaban por el estuario del Támesis, todavía cubierto en la madrugada por la fresca neblina que intentaba desgarrar un indeciso sol de primavera, dos bajeles armados: el *Samson*, de doscientas cincuenta toneladas, arbolado en bergantín, y el *Mary of Guildford*, de mayor porte y trapo. Las naves habían sido despachadas a riesgo y cuenta de sus capitanes propietarios, por Su Majestad británica Enrique VIII, «con diversos hombres hábiles y bastimentos, en busca de regiones remotas». Amanecía el día 20 de mayo del año de gracia de 1527. El río despertaba a su vida habitual de tráfico y el sonido húmedo de los remos de pequeñas embarcaciones que lo cruzaban

amortiguaba las notas de una canción nostálgica lanzada al aire desde la cubierta de un bricbarca que regresaba de su excursión marina.

La aventura de los descubrimientos en Tierra Firme de Indias Occidentales y las riquezas que las flotas de galeones españoles desembarcaban en el puerto de Sevilla, habían sido el acicate que decidiera a los capitanes del *Samson* y el *Mary* a emprender su arriesgada expedición en busca de tesoros, sin saber con demasiada certeza al levar anclas y largar las velas de qué medios habrían de valerse para conseguirlos. La narración, en una taberna de Glasgow, de un piloto portugués al servicio de España, que en menos de tres años había redondeado una considerable pacotilla, a su decir, encendió -72- la codicia y avivó el espíritu de largas correrías en dos de sus oyentes. En cuatro meses quedó resuelto el avituallamiento y unos días bastaron para encontrar tripulaciones. La suerte estaba echada, y al dar la voz de partida y encomendarse a Dios para el viaje, las palabras del portugués resonaban con fuerte martilleo en las sienas de los dos aventureros.

Edward Morris, desde el puente de su *Samson*, y haciendo portavoz con sus manos recias, atendía a salvar los obstáculos que se aparecían por la proa, con órdenes breves que los hombres ejecutaban con precisión de prácticos. La gente de Morris había sido enrolada en contrato a la parte si la suerte deparaba botín, y así, las ilusiones del capitán las compartían piloto, maestro, marineros y marmitón, que ejecutaban sus quehaceres iluminados por el pensamiento del día incierto del retorno, en que el oro liberador habría de permitirles abandonar su azarosa existencia para afincar en sus aldeas y encender la imaginación de sus compadres con las narraciones maravillosas del crucero que apenas estaban emprendiendo.

El capitán Morris había nacido en Gales, de familia marina; era buen navegante y conocía las rutas de Cabo Verde y de las islas Afortunadas. Casi rompiendo el siglo su marcha hacia la Historia, se había hecho a la mar como grumete de su padre. Y a los cuarenta y tres años de su vida, la maravilla de un mundo nuevo le arrastraba a la gran aventura. A pesar de su corta talla, erguido en el puesto de mando, su complexión robusta y sotabarba roja le

daban expresión de energía. De cuando en vez quedaba como abstraído, pensando en las cartas geográficas extendidas sobre la mesa de su cámara. Las había comprado en Londres y en ellas vio por vez primera nuevas tierras agregadas al ya famoso mapa del piloto español Juan de la Cosa. Con su colega el capitán James Goondsfield, del *Mary of Guildford*, había discutido largamente acerca del propósito de la expedición que comenzaba. ¿Descubrimientos, como rezaban sus despachos? ¿Comercio de cabotaje entre diversos -73- puertos de las Indias, prohibido por el monarca de Castilla? ¿Piratería? Sus patentes les acreditaban como descubridores; pero los pañoles y la sentina de sus embarcaciones hablaban más de empresas de guerra. Las redondas bocas abiertas de sus cañones parecían avizorar fáciles presas. Las santabárbaras de sus bajeles iban atiborradas de pólvora y de plomo; y el resto lo constituían provisiones de boca para crucero largo. Nada de baratijas ni mercaderías, prestas a los trueques. Nadie, sin embargo, ni ellos mismos, sabían en aquella mañana de mayo, cuál debía ser su auténtico destino.

Como a cincuenta brazas por la popa le seguía el *Mary*. Goondsfield, su capitán, acodado en la amura de babor, veía deslizarse, entre los últimos restos de la niebla, la desdibujada silueta de Tilbury sobre la margen izquierda del río. Pronto las aguas agitadas del canal darían comienzo a las verdaderas singladuras del viaje. Pintadas de verde, las dos naves se reflejaban con gracioso cabrilleo en la superficie levemente rizada del Támesis, y docenas de gaviotas blancas trenzaban arabescos por entre los mástiles y el cordaje para descender rápidas y voraces sobre algún pececillo o un resto de comida lanzado por el marmitón.

del diario del capitán Morris

10 de julio de 1527

Singladura: 58. Posición: No se ha podido tomar la altura. Rumbo: 75 grados Noroeste. Viento: Segundo cuadrante del Sudeste, fuerte, con tendencia a aumentar. Andar: 9 millas. Seis ante merídiem: Se han recogido la redonda y la gran cacatúa. A las ocho ante merídiem, en la maniobra para rizar,

Stephens cayó desde la gavia del trinquete al agua. Cuando he podido ordenar la bordada y arriar la chalupa, era tarde. Tercero de mis hombres que no ha de volver a la tierra. Dios lo tenga en su seno. El *Mary* se ha alejado y navega -74- a una milla por estribor. Dos post merídiem: El viento se ha llevado dos velas. Mantengo sólo los foques del mayor para no desviar el rumbo y andamos más de diez millas, haciendo bastante agua. El *Mary* parece ir sin gobierno y ha perdido el palo mesana. No es posible hacer nada por él, pero Goondsfield tiene recursos y saldrá adelante. Cinco post merídiem: Hace más de dos horas he dejado de ver al *Mary*. Dios ayude a Goondsfield y a su gente.

* * *

3 de julio de 1527

Hemos aprovechado la calma para leer unos oficios por nuestros compañeros del *Mary*... Mis gentes cuchichean y andan inquietas...

* * *

Noviembre

Al abrigo de una pequeña ensenada en la costa meridional de la isla de Mona, entre La Española y Puerto Rico, la carabela *Amparo*, de setenta toneladas, al mando del capitán don Pedro Fajardo, completaba una carga de casabe para Puerto Rico. Serían las diez de la mañana del día 19 cuando alguien dio la señal de avistarse por barlovento un bajel como de doscientas cincuenta toneladas, bien provisto de cañones. Don Pedro calculó que se trataba de alguna nave procedente de España y ordenó que un bote se acercase para inquirir noticias. Habría el bote mediado el camino, y pudo verse que los del bajel destacaban una pinaza con veinticinco hombres, armados de coseletes y ballestas. Puestos al habla, resultó ser la nave inglesa, y según dijo su patrón, mandados por el Rey de Inglaterra para descubrir la tierra del Gran Kan.

El capitán inglés se llamaba Edward Morris y su nave el *Samson*. Casi más por medio de la mímica que por palabras, explicó Morris a don Pedro Fajardo la odisea -75- de su navegación. Una violenta tempestad hizo perderse en la noche del 1 al 2 de julio a otro bajel que integraba la expedición. Luego su barco había encallado en un banco de hielo, forzándolo a hacer rumbo al Sur, acostando para reponerse a la isla de Bacallao. Allí los indios le mataron al piloto. Logró hacerse otra vez a la mar y navegando cuatrocientas leguas a lo largo de la costa de las tierras nuevas había ido a parar a la presencia de los españoles. Era poco leído don Pedro Fajardo y nada pudo averiguar de los papeles que Morris le presentó para atestar la veracidad de su relato. Un pergamino en latín y en inglés que Morris explicó ser su patente real y que Fajardo aparentó leer con detenimiento, lamentando no haber cursado Humanidades, le dejó tan *in albis* como si estuviera en jeroglífico.

Dos días pasaron descansando de sus fatigas Morris y sus hombres, tras los cuales, preguntado el rumbo para La Española, se separaron cortésmente de don Pedro, y al tercer día de navegación daban vista a Santo Domingo y anclaban ante el puerto en las horas de la tarde del 25.

Bien dispuesto Morris por el trato que el capitán Fajardo le había dispensado, dispuso arriar un bote y con diez marineros sin armas se adelantó a la ciudad, pidiendo licencia para entrar y negociar algunos artículos que le hacían falta. Le fue ésta concedida y con él regresaron a bordo el alguacil mayor y dos pilotos lemanes para entrarlo en el puerto sin peligros a la mañana siguiente.

El día 26, recogidas las anclas y con escaso trapo colgado de sus dos palos, el *Samson* inició su maniobra para llegarse al puerto. No había avanzado un tercio de milla cuando desde el castillo que dominaba las aguas se lanzó un cañonazo contra el bajel inglés. Una columna de agua levantada por su proa como a cien brazas dejó a Morris perplejo y a su gente revuelta por el recibimiento. Trató el capitán de convencer a la tripulación de que eran salvas, y eso le dijo uno de los pilotos del puerto; pero aún no había acabado

de decírselo -76- y ya un segundo proyectil salpicaba su banda de estribor después de partir varias cuerdas.

Rápido y encendido de coraje, Morris ordenó virar en redondo, a riesgo de encallar en los bajos que le rodeaban. Puso proa a la mar abierta y descargó su cañón de popa sobre los que de tal manera lo recibían, llevándose de presa a tres autoridades de aquel puerto. Con viento favorable se llegó a Puerto Rico, adquirió algunas provisiones y después de desembarcar a sus presos en lugar solitario de la costa, con un mensaje para el alcalde de Santo Domingo, don Francisco de Tapia, cuya conducta le valió ser reducido a prisión por los odores de la Audiencia, decidió cruzar los mares del Caribe y las Antillas para acechar las presas que habrían de pagar la felonía de un funcionario torpe y cobarde.

Otros buques descendieron pronto por las aguas del Támesis para recorrer las del Caribe, pero nunca habían de volver a remontarlas ni el *Mary of Guildsford*, perdido en una noche de julio del año de gracia de 1527, ni el *Samson*, cuyas huellas se pierden después de la corta escala de Puerto Rico.

II. Hermanos de la Costa



Piedad bucanera

El toque del Ángelus vespertino daba por terminadas las faenas del día en la isleta central de Las Santas. El reverendo padre Duarte, de la Orden de Santo Domingo, que regentaba la parroquia de la isla, al acabar sus preces, salió de la pequeña iglesia colonial que apenas si era un cuadrilátero de ocho metros por diez pulcramente enjabelgado y en cuya simple fachada naciente relucía, todavía vibrante por el último golpe del toque de oración, una campana de no más de treinta arrobas de peso. El buen padre Duarte recorría a diario antes de acostarse las veinticuatro viviendas de su feligresía. Para todos tenía la palabra de aliento y el consuelo oportuno. Doce años hacía que había

llegado de La Dominica con ocho colonos pobladores en una hermosa tarde de septiembre, y todas las tardes, cuando sus labios musitaban la oración, el padre Duarte sabía qué hombres, mujeres y niños con la cabeza reclinada sobre el pecho, en el campo, en la bahía o en casa, decían con él las alabanzas a la Encarnación del Señor.

Doce años día a día habían ido plateando los cabellos del párroco hasta dejarlos blancos, y sus trazos enérgicos de cántabro se habían ido quedando en los riscos del pequeño archipiélago en un esfuerzo continuo y sin desmayo por animar a su grey en los momentos duros en que unas horas de ciclón antillano habían deshecho la paciente labor de los colonos, destrozando las casas o arrasando las sementeras amorosamente cuidadas.

La última visita del día era para Ambrosio el carpintero, santanderino como él y a cuyos cuatro hijos había -78- bautizado y enseñado la doctrina de Cristo. Hablaban de su tierra, de las noticias que muy de tarde en tarde llegaban de la Corte del rey Carlos II, de la lucha con franceses e ingleses y de la prosperidad de la isleta. Como todos los días, maese Ambrosio acompañó al padre Duarte los cien metros que separaban su vivienda de la casa parroquial, junto a la iglesia, y cada cual se fue a tomar su colación y a esperar que la salida del sol marcara otra jornada en sus vidas tranquilas y honorables.

* * *

Comenzaban los gallos su canto precursor de la aurora. La mar en calma iba adquiriendo la claridad que le daban las primeras luces del día. En el puerto una goleta de mediano porte, pintada de negro, acariciaba con sus mástiles desnudos el cielo, en un suave hurgar como de cosquilleo. Bogando sin ruido, se acercaban a la orilla dos botes repletos de hombres armados. Saltaron a tierra. Eran más de cincuenta. A su frente avanzaba un tipo rudo de mejor aspecto. Calzaba botas altas de cuero, mientras los que seguían iban a pie descalzo. En silencio fueron subiendo el repecho de la plaza, a cuyo fondo se levantaba la iglesia. Sin vacilar se dirigieron a la humilde casa parroquial. La

puerta estaba abierta. El padre Duarte se encontraba ya en pie, y al verlos irrumpir, sin alterarse se dirigió al que parecía jefe:

-Usted dirá, señor, en qué puedo servirle.

El aludido pareció vacilar. Se descubrió con muestra de respeto y asombro de la cordial recepción y respondió con marcado acento extranjero:

-Soy el capitán Daniel, de los Hermanos de la Costa, padre. Estoy corto de provisiones de boca y necesito vino, aguardiente y algunas docenas de aves para mi gente. Pero vengo a comprarlas, si no hay inconveniente -agregó rápido.

-Si es eso sólo -dijo el párroco-, no lo creo difícil, mas temo que los colonos se alarman viéndolos de esta guisa -y con sus ojos bondadosos y algo socarrones -79- indicaba las enormes pistolas de los bucaneros y los sables cortos que colgaban a sus costados-. Mejor sería que yo les avisara para evitar cualquier pendencia.

-Tal era mi deseo, señor abate, y aun me atrevería a pedirle que me honrase viniendo con sus feligreses a bordo para decir la misa que hace varios meses no han podido oír estos muchachos y están necesitados de cuidar de su alma a veces un tanto descuidada. Pero son buenos chicos, y saben guardar el respeto a los hábitos que viste su merced.

El padre Duarte sacó unas jarras de vino rosado de Valdepeñas y después de recomendar a sus huéspedes que le esperasen con calma en la casa parroquial, se dirigió hacia la de maese Ambrosio para que advirtiese a los vecinos del acaecimiento.

Atemorizados, pero con cierta confianza en la promesa del padre Duarte, los vecinos se fueron congregando en la plaza. Algunas mujeres lloraban y la mayor parte de los chiquillos se habían reunido junto al mar, mirando curiosamente la goleta, cuyos cañones y cuyo casco negro pregonaban la aventurera actividad de los visitantes de la isla.

El capitán Daniel organizó la requisa de las mercancías y una vez cargadas en los botes, en tres viajes se trasladaron a bordo bucaneros y vecinos, presididos por el capitán Daniel y por el padre Duarte, a quien el corsario trataba con gran deferencia. El pobre párroco pedía a Dios que todo aquello terminase con bien. Sobre el puente de popa se instaló por los Hermanos de la Costa el altar y ayudado por el bueno de maese Ambrosio, que no se separaba de él, el padre Duarte se revistió para el santo sacrificio. Sobre cubierta y en el entrepuente, los hombres del capitán Daniel, entre los que abundaban los franceses, algún holandés y unos cuantos ingleses, miraban con mezcla de misericordia y desdén a los pacíficos feligreses del padre Duarte, que se habían apiñado hacia la escala del puente de popa, lo más cerca posible del altar. El capitán Daniel, que había ordenado preparar salvas en cuatro de los cañones, -80- recomendó la máxima compostura a su gente, alzó el brazo para que disparasen los artilleros y adoptó un aire teatral de recogimiento después de persignarse ostensiblemente con las dos rodillas en tierra.

El vinillo manchego con que había obsequiado el párroco a los que irrumpieron en su casa, había hecho, por lo visto, efecto a un bucanero marsellés llamado Antoine, y para atemorizar a los vecinos, les lanzaba terribles miradas fanfarronas. En el momento de alzar, al oír el estampido del cañón de proa, Antoine hizo ademán de sacar el sable de abordaje. El capitán corsario le había seguido en sus gesticulaciones y al verle empuñar el arma se aproximó a él y en tono firme le dijo:

-Compostura, Antoine. Si estás bebido, retírate.

-Menos orgullo, Daniel. Soy tan hermano de la costa como tú y haré ahora y siempre lo que se...

Un pistoletazo cortó la frase del bucanero. El capitán, rápido como el rayo, había levantado el brazo y descargado una de sus pistolas a medio metro de la cabeza del marsellés. El padre Duarte continuó sin volver siquiera la cabeza, y maese Ambrosio, que actuaba de acólito y que creyó llegada la hora de la matanza, musitó entre dientes: «Piedad, Señor.» El capitán Daniel guardó su

pistola sin alterarse, miró dominador a vecinos y bucaneros y acercándose al sacerdote, que al oírle llegar no pudo ocultar un ligero temblor en sus manos y cierta palidez en el rostro, le dijo con estudiada humildad:

-No se alarme, padre mío; es un bribón que falta a su deber y lo castigo para enseñarlo mejor.

En la aldea, el ruido de los cañonazos tenía en alarma a las esposas de los que se encontraban a bordo. La misa continuó sin más incidencia, seguida con todo respeto por los corsarios y la consiguiente intranquilidad por los vecinos de la isleta. El cadáver del marsellés irreverente se quedó cara al sol en medio de un charco de sangre que millares de moscas se apresuraron a gustar. Con las piernas separadas, la cabeza deshecha y los ojos abiertos, mirando sin mirar al cielo, el despojo de Antoine parecía esperar la bendición del oficiante. Tras -81- el *Exaudiat* y las oraciones por la vida del rey nuestro señor, el padre aprovechó el instante en que Daniel lanzaba un estentóreo *Vive le roi!*, para impartir su bendición al desdichado. Un minuto después, con una piedra al cuello, y sin la menor ceremonia, dos compañeros suyos lo lanzaban por la borda y Daniel apuntaba en su cuaderno el reparto entre los bucaneros restantes del botín que en el viaje había correspondido al muerto, después de entregar al sacerdote, como precio de la misa, un esclavo negro, y algunos objetos de culto procedentes, sin duda, de un saqueo anterior.

Vueltos todos a tierra, el padre Duarte se trasladó a su iglesia seguido por los vecinos y las familias. Un ferviente tedeum en acción de gracias y un responso por el alma de Antoine fueron oídos devotamente por los feligreses. Cuando al salir miraron a la bahía, la goleta, izadas sus velas, enfilaba a la mar, y el capitán Daniel, seguro de haber ganado el cielo por su «piedad» religiosa, saludaba desde lo alto del puente agitando el sombrero y pensando en voz alta:

-¡Qué bruto ese Antoine! Estoy seguro de que el padre ha debido de asustarse. Si no me apresuro, el marsellés estropea la misa más bonita de toda mi carrera.

Cortó el hilo de su pensamiento para gritar: «¡*Ohé*, izad los foques!», y terminó: «¡Qué bueno es sentir aliviada la conciencia con una misa a bordo! Si alguna vez vuelvo por aquí, le ofreceré el puesto de capellán de mi goleta a ese bendito padre.»

-82-

▽△

III. Tres estampas de Francis Drake

▽△

I. De corsario a almirante

Todavía reinaba Enrique VIII de Inglaterra y compartía su tálamo Catalina Parr, sexta de sus mujeres. La cabeza de otra Catalina (Howard) había rebotado en el cadalso tres años antes, cuando la infeliz reina acababa de cumplir los veinte abriles. La vida en Inglaterra era una sorda batalla de pasiones. Anglicanos y católicos luchaban sin cuartel. Las costas escarpadas, las bahías amplias y los bellos jardines del condado de Devonshire conocían las inquietudes de un pueblo que despertaba al impulso ambicioso del primer Tudor y se disponía a conseguir el señorío de los mares.

En la aldea de Tavistock, sobre el Tave que lleva sus aguas rumorosas a la bahía de Barnstaple, un día de 1545, el ciudadano Drake, rígido y celoso anglicano, aceptaba la responsabilidad de ser padre, al darle su esposa un niño a quien se puso por nombre de pila Francis. El día había sido tormentoso, y la luna en creciente ofreció el espectáculo de unas extrañas manchas rojizas. Los signos de la Naturaleza predecían turbulencias en la vida del recién nacido.

* * *

Con las primeras nociones de educación entraron en la mente de Francis las legendarias correrías de William Hawkins por una remota región de salvajes

que llamaban La Guayana, de donde había traído el navegante, -83- presentándosele a Su Majestad en el palacio de Whitehall, uno de sus caciques o reyezuelos. El pequeño Drake se dormía viendo saltar sobre fantásticas olas, a velas desplegadas, un hermoso navío de tres puentes, el *Polo of Plymouth*, que mandado por Hawkins, había conseguido la gloria de descubrir para Inglaterra países ignorados.

* * *

La muerte de Eduardo VIII en 1553 marcó, con el reinado de María Tudor - declarada enemiga de la Reforma-, una época de violentas persecuciones para los anglicanos. El padre de Francis tuvo que huir de casa y refugiarse en el condado de Kent con unos parientes donde nadie le conocía. Regresó cuando al morir María Tudor subió al Trono la reina Isabel (1558). La vocación de Francis se había decidido ya en la ausencia del padre. Los mares le esperaban y pronto se embarcó de grumete en un lugre de cuarenta toneladas que hacía el cabotaje entre los puertos de Inglaterra y Francia. Tenía dieciocho años cuando por vez primera arribó a las costas de España, en Vizcaya, y avistó en sus poblados marítimos a los españoles, contra quienes había de combatir hasta su muerte.

* * *

El año 1565 es fecha señalada en la vida del joven Francis Drake. Su pericia y su destino de aventura le llevan a alistarse como piloto en una nave de la trata de esclavos, y bajo su mano experta, una carraca negrera sorteó los peligros de la mar atlántica; cargó en la Guinea su mercancía humana, y alcanzó, con el éxito de la expedición, el grado de capitán de alto bordo, que comenzó a ejercer como dependiente de John Hawkins, el sobrino de William, al mando del navío *Judith*, un bergantín buen marinero, de tres palos y resistente casco, como para afrontar dificultades y acortar y alargar distancias según lo demandasen los acontecimientos.

Su nombre empieza a circular por las Antillas, por las islas Caribes y por las ciudades costaneras de Tierra Firme de Indias. La protección de la reina Isabel, que incluso hubo de regalarle un buque, había permitido a Hawkins armar una flota de seis navíos, entre ellos *Judith*, que comandaba Drake. La espada, la argucia y cuantas malas artes eran usuales en el inhumano comercio de la trata, les permitieron una carga de cuatrocientos cincuenta esclavos negros en las costas desiertas de Guinea. Habían levado anclas en Plymouth, en octubre de 1567. Marzo del año siguiente les sorprendió dando vista a la Dominica. Navegaron al largo de la costa continental «realizando su tráfico», y terminado éste, el pretexto de la guerra angloespañola les sirvió para elegir a Río Hacha como primera víctima de Tierra Firme. Drake, al frente de doscientos hombres, condujo el asalto, dirigió el pillaje, mató por su mano cuanto ser se le opuso y ahorró sangre corsaria. Sólo perdió dos hombres. Su prestigio crecía a los ojos de los desalmados que le seguían. Quemado a todos los vientos, el capitán Drake, implacable, duro, se convencía a sí mismo de que vengaba con aquellas muertes de seres inocentes la persecución sufrida por su padre cuando él era niño. Los católicos, sólo por serlo, los españoles por enemigos, despertaban en su alma turbulenta y mística un sentimiento de rencor a cuyo sople, además, podía enriquecerse. El mar era su medio y el corso su elemento. En el puente de mando de la *Judith* la silueta arrogante del corsario de Tavistock se recortaba sobre el fondo azul del cielo tropical, o se deshacía en los reflejos verdes de las aguas profundas del Caribe.

La batalla de San Juan de Ulúa

Merodeaban el *Judith* y los demás navíos de Hawkins aguas de Cartagena de Indias a la espera de presas, en agosto de 1568. Encapotado el cielo, decía a los marinos presagios de tormenta. Los restos de un tifón separaron -85- la flota, y el joven pirata, capeando el temporal y sorteando fragatas y bajeles españoles armados, día y noche en el puente, dando órdenes y mascullando salmos, corrió el golfo de Méjico, logrando reunirse con los suyos en la tarde del 16 de septiembre, al amparo del puerto de San Juan de Ulúa (Veracruz).

Rompían las luces matinales del día 17. Reunidos Hawkins y sus oficiales en la nave capitana que mandaba el primero, discutían los planes inmediatos. Desde la cofa del palo mayor, la voz del vigía advirtió la presencia de grandes navíos por el Sureste. Hawkins y Drake, seguidos de los otros cuatro capitanes, subieron a observar los movimientos de las naves. Poco rato les bastó para convencerse de que eran trece las que se acercaban. El pabellón del almirante de la flota de Nueva España les permitió identificarlos. Era mucho enemigo y los corsarios estaban sin descanso, tras el combate con el viento y la mar. Hawkins decidió entablar negociaciones. El capitán Drake, con veinte hombres, se destacó en la pinaza de su barco, como nuncio de paz. Su noble continente le ayudaba. Severo, correcto y ricamente vestido, el corsario se desenvolvió en su embajada con los españoles a la manera de un emisario personal de la reina Isabel. Bebieron los capitanes enemigos a la salud de sus respectivos soberanos, y se convinieron promesas de paz y de amistad. Los ojos del marino inglés observaban el armamento de las naos españolas. Mentalmente calculaba las probabilidades del combate. Al retirarse, en tanto salía con honores de militar en misión, sus ojos sonreían socarronamente con amabilidad fingida y su mano izquierda acariciaba la rica empuñadura de su espada.

Del día 17 al 20 mantuvieron la distancia, ancladas las escuadras españolas e inglesa. Las noches se aprovechaban febrilmente por los ingleses para reparar los daños causados por el temporal. Cerrando el semicírculo del horizonte, el 20 a mediodía entraron las naves de Castilla en el puerto. Formadas las tripulaciones sobre cubierta, ingleses y españoles cambiaron los saludos. El -86- pendón de Castilla y el de los Tudores bajaron y subieron de sus mástiles en cortés movimiento... y, sin embargo, todos sabían que la tregua tenía que quebrarse.

Dos navíos de sesenta cañones y uno de cuarenta y cuatro cerraban el paso a los corsarios en la bocana del estrecho puerto. El día 23, Hawkins, Drake y sus gentes ultimaban preparativos de largar amarras. La aurora del día 24 ofreció un cambio de posición. Cuando los buques corsarios iniciaron su maniobra para hacerse a la mar, las bocas de más de cien cañones les miraban, prestas a entablar el sangriento diálogo. Los ingleses aparentaron no

enterarse, y momentos después de desplegar su trapo, el gallardete de combate flameaba en el palo mayor de la capitana de Hawkins, como señal para la primera andanada contra los buques españoles. Tres veces lanzó Drake al abordaje su *Judith* sobre la nave almirante enemiga. Las tres veces fue rechazado con fuertes pérdidas. El navío español, con hábil maniobra, evitaba el encuentro y aprovechaba la pasada para descargar sus potentes cañones y los mosquetes y arcabuces de su gente a escasa distancia de los piratas. La gavia del trinquete de la *Judith* partida por un certero disparo de la artillería enemiga, le había dificultado, apenas comenzada la acción, la necesaria rapidez. También las piezas inglesas vomitaban fuego sin cesar. Drake, sin inmutarse y descargando de vez en cuando sus pistolas, lanzaba sus órdenes, en medio del fragor del combate. Dos incendios amenazaron volar su santabárbara, y sin abandonar un instante su puesto, previno lo necesario. Sólo sus cejas se apretaban más, cuando veía sucumbir en la lucha alguno de sus barcos. Dos habían sido totalmente incendiados; un tercero, hundido por el golpe poderoso del espolón de un gran navío español; el cuarto aún combatía, desarbolado y con fuerte escora de estribor, cuando dos bajeles enemigos lo abordaron y acuchillaron uno a uno a sus tripulantes, que se negaron a entregarse. Pero la capitana y la *Judith* aguantaban bravamente. No eran hombres para rendirse John Hawkins y Francis Drake.

-87-

Se iba acercando el fin del día. Aprovechando el correr de una bordada de la nave almirante enemiga que abría el paso, Drake dirigió la *Judith* hacia la bocana, y cuando los españoles quisieron cerrar de nuevo el camino, ya era tarde; los dos buques corsarios, delante el de Drake y casi pegado a él la capitana de Hawkins, salieron a mar abierta. Una última andanada de la artillería española alcanzó al segundo. Drake, desde su puente, vio a su jefe abalanzarse con sus hombres a apagar un incendio que amenazaba dañar las partes vivas de su nave. Pensó en volver para auxiliarle; pero cuando iba a hacerlo, observó a tres de los adversarios acercarse velozmente a la capitana. La mitad de sus hombres estaban fuera de combate; una gran parte de su pólvora se había inutilizado por el agua que fue necesario arrojar para evitar la

explosión de la santabárbara. Drake tomó en el acto la decisión. Abandonó a su suerte, bien a su pesar, a John Hawkins; pidió a Dios que sostuviera la brisa que soplaba con fuerza, y se alejó de aquellas aguas, con el pensamiento de vengar algún día la derrota que la mala fortuna le había impuesto.

La *Judith*, maltrecha, pero animosa, cortaba con su proa las aguas brillantes que encendían aún los últimos reflejos del sol de Poniente. Allá atrás, con el sol, quedaron las naves castellanas, el buque de Hawkins y los restos de cuatro bajeles corsarios. Hawkins, con seguridad continuaba el combate. La costa se perdía por la distancia y por el rápido crepúsculo del trópico. Mientras el cirujano cuidaba de los heridos, el capitán Drake hacía alinear sobre cubierta los veintiocho cadáveres que certificaban el encono de la batalla. Sobre una tabla y con una bala de cañón cada uno, sujeta a los pies, quedaron mirando al cielo, que iba oscureciendo y en el que comenzaban a brillar unas cuantas estrellas.

Descubierto, con la melena al aire y el aspecto sombrío, el capitán corsario leía unos versículos. Sesenta hombres endurecidos por todos los mares y ennegrecidos por la pólvora daban guardia de honor a los muertos. El lejano ruido del trueno, como eco de los cañonazos -88- que cortaron la vida a aquellos veintiocho aventureros, se mezclaba al que producía el tajamar del bajel corsario. Los labios de los hombres se movían salmodiando palabras de piedad. A los pies del capitán cayó un pez volador, como una cruz de plata, y con voz bronca y acento conmovido se oyó a Drake ordenar: «Dar agua.» Uno tras otro resbalaron los cuerpos sobre las tablas que sostenían apoyadas en la borda de babor los nervudos brazos de sus compañeros ya en silencio. Uno tras otro veintiocho chapuzones golpearon el corazón del corsario, y perdiendo su rostro la expresión de fiereza, Drake, el pirata, volvió a ser niño y a pensar en la plácida orilla del río de su aldea y en los jardines risueños de su casa de Tavistock. En ellos había soñado con mandar algún día un barco como el *Polo of Plymouth* y se había visto al frente de sus hombres saltando al abordaje sobre la cubierta de una presa repleta de monedas de a ocho que su audacia escamoteaba al tesoro del Rey de Castilla. ¡La vida era más ruda! Y el pensamiento de la muerte, aunque bello con el mar de escenario, le hizo subir

pausadamente al puente de mando y poner la proa hacia Inglaterra, con el deseo puro de reposar en las verdes campiñas de Devonshire las emociones de la jornada de San Juan de Ulúa.

Reposo

El 25 de enero de 1569, en el puerto de Plymouth, una nave corsaria recibía estopa y brea y martillazos de los calafates que la reparaban. En las amuras y por encima de la línea de flotación, más de veinte boquetes evocaban los diversos calibres de los proyectiles que golpearon al buque. Recogidas las velas en las vergas, despintado el casco y colgando tristemente el cordaje, producía la impresión de un inválido que apenas ha salido de un grave peligro. Nadie creería que era la valiente *Judith* de Francia Drake. Y era ella. Con esfuerzo y valor, haciendo agua, medio desarbolada, huyendo -89- de temporales y de buques enemigos que acabasen con ella, hacía cinco días que descansaba de sus fatigas en el puerto. Multitud de curiosos la observaban. Su historia aventurera corría por las tabernas, deformándose y adquiriendo vuelos de leyenda.

El capitán Drake había alcanzado la jerarquía de héroe popular. Se hablaba de que iba pronto a emprender la hazaña de dar la vuelta al mundo, que ningún inglés acometiera después de terminarla el vasco Sebastián Elcano. Los corrillos charlaban animados por entre fardos y cuerdas del muelle. De pronto llega el héroe.

-Es Drake -dice un mozuero.

-Dios os guarde, capitán -dijeron varios de los presentes.

Drake saludó casi con ceremonia y por el planchón subió a bordo. Le preocupaba el retraso de Hawkins. Seis días después del combate de San Juan se habían reunido, pero la última tormenta a trescientas millas de Inglaterra separó las embarcaciones que navegaban en conserva.

Sturm, el maestro, se adelantó a él con respeto y con el rostro alegre, le dijo:

-Mire, capitán -y señaló el horizonte lejano. Con lento cabeceo la nave de Hawkins iba ganando el puerto.

-¡Dios salva a la reina, Sturm! Aún nos quedan por delante muchas jornadas gloriosas.

-90-

▽△

II. El último viaje de Drake

En el extenso azul de la bahía de Plymouth, pequeños rizos blancos comenzaban a dibujarse al impulso de la brisa matinal. El puerto despertaba respirando ese olor acre de las proximidades de la marea alta en los días calientes del verano. En el centro de la rada, veinte navíos ligeros cabeceaban mecidos por el tranco de la marejada, rota en los acantilados lejanos de la punta sureste. La mañana marinera vestía sus galas de fiesta para alegrar el bullicio de la despedida. Con los hatos terciados a la espalda, marinos, pilotos, artilleros, arcabuceros y demás gentes de mar y de guerra se separaban de los suyos entre risas, abrazos, bravatas y bromas. Varios oficiales iban y venían por el muelle vigilando la carga de los últimos pertrechos y vituallas. Eran las siete de la mañana de un día de agosto de 1595. A las nueve y media, con la pleamar, levaría anclas la escuadra de los almirantes Drake y Hawkins, rumbo a Occidente, en busca de provecho y nombradía para la Marina de Su Majestad la reina Isabel de Tudor.

Jimm el tuerto avanzaba hacia el malecón, del brazo de su mujer, que lo contemplaba entre orgullosa y entristecida. Jimm era cabo de escuadra en la nave almirante. Servía a las órdenes de sir Francis Drake desde 1570, cuando el entonces capitán corsario salió del mismo puerto con un privilegio regular de

curso firmado por la reina para atacar galeones españoles en los mares -91- de Indias. Casi un niño, todavía grumete, había perdido el ojo izquierdo, en 1572, combatiendo junto a su jefe, en el asalto al almacén de mercancías de Las Cruces, en el embarcadero de Chagres, de la provincia de Panamá. Drake lo había salvado de la muerte, y el apego del grumete al corsario se había transformado en la más leal adhesión. Junto a Drake saltó Jimm sobre la cubierta del barco del tesoro del Rey de España, que transportando oro en tejos y barras de plata, había tenido la mala suerte de tropezarse con la *Golden Hind* en 1579, durante su famoso viaje de circunnavegación. A sus órdenes servía en el mismo bajel en 1587, cuando el ataque a los barcos españoles surtos en el puerto de Cádiz. Y al año siguiente no perdió un combate de los muchos en que intervino Drake, como vicealmirante de lord Howard en la lucha contra la Invencible del austero Felipe II. Jimm había formado parte de la tripulación de presa del galeón que comandaba don Pedro de Valdés, derrotado por la furia de los elementos y la habilidad del enemigo que le abordó con un bajel de cien toneladas para llevarlo prisionero a Inglaterra, después de diezmar a su tripulación. Jimm, en fin, hombre de confianza de sir Francis, se había alegrado con las bienandanzas de éste y había llorado sus penas. Su buena voz abaritonada atronaba las calles de Plymouth el día que sir Francis se posesionaba del cargo de Mayor de la ciudad en 1581, y el único ojo del marinero fiel, azul como las aguas tranquilas de un estanque nutrido de nieves y como ellas limpio y profundo, se había enrojecido llorando sin rebozo tras el féretro de la señora Drake el triste atardecer en que el corsario, conteniendo su pena, daba tierra a su primera esposa.

Galés de nacimiento y escocés por su padre, Jimm sabía reír y beber; y en los cortos ocios de la vida de a bordo sus canciones y sus bailes desfruncían el ceño de los más adustos compañeros. Mares en calma, temporales rotos, los cielos del trópico y las aguas heladas de Terranova habían visto juntos al corsario y a su fiel cabo de escuadra.

Ahora, como hacía dieciocho años, la mañana brillaba para decir adiós a los marinos. Entonces era un brillo frío de un 13 de diciembre. Recién casado, Jimm llevaba del talle a su mujer, y ésta quedó llorando, sola en medio de tantas otras, pero riendo a través de sus lágrimas para animar al que partía hacia la aventura peligrosa de dar la vuelta al mundo. De aquel viaje volvieron el 26 de septiembre de 1580. Dos años y diez meses largos le había esperado, segura del regreso, su buena Margaret. Ahora, la mañana tenía un extraño brillo caliente; Jimm la llevaba del brazo y después de mostrarle un viejo bajel comido por gloriosos servicios que descansaba inclinado sobre su costado de babor en la inmediata playa, señalaba a Margaret los veinte navíos listos para largar el aparejo a la voz de mando. La *Golden Hind*, reseca y carcomida; la nave que dio días de peligro y de gloria a la armada esperaba el carenaje, mientras sus hermanas alegremente pintadas relucían al sol con la proa a Occidente... piafando por saltar ligeras sobre las olas que tantas veces habían mecido a Drake y a Jimm.

La figura corpulenta de Jimm se detuvo. Richard Grey, el tabernero, le gritó al pasar:

-¡Buena suerte, Jimm!

-Espero mejor vino al regreso -dijo Jimm.

Los chinchorros iban y venían presurosos completando las dotaciones de los bajeles. Jimm y Margaret habían llegado al borde mismo del muelle.

-Éste es el viaje definitivo, Margaret. Cuando regrese no tendrás ya por qué preocuparte. Te traeré diez esclavos negros para que sean ellos los que trabajen, y el oro no te ha de caber en el arca grande que te regalé en el viaje pasado. Compraremos la casa de Peter y una buena barca bien aparejada para la pesca.

Por los ojos de la mujer pasó una nube de tristeza, y Jimm continuó:

-Más dura fue la vuelta a la pelota en la *Golden Hind*, ella está derrengada y aquí me tienes a mí como hace veinte años diciéndote hasta pronto.

-93-

-¡Dios te escuche, Jimm, y buen viaje!

-¡Eh!, Antony, ¿no quieres buena carga? -gritó el cabo de escuadra a uno de los remeros que hacía la breve travesía entre el puerto y los navíos.

-Aunque se hundiera el bote, tuerto galés. Sube, que ya hablaste bastante con la parienta.

Desde el muelle se veía en las naves la actitud precursora de salida inmediata. Al filo de las nueve los dos almirantes que comandaban la escuadra estaban sobre el puente. Las voces se sucedían rápidas. Las medias culebrinas y los sacres alineados en las bandas relucían al sol sus tubos de bronce labrados. Los cordajes estaban listos para izar las velas vírgenes aún de aire que las curvase. A las nueve y media en punto el falconete de popa de la nave almirante disparó una salva que retumbó por la bahía. Jimm, que atendía al servicio en la maniobra, dirigió la mirada al malecón donde aún permanecía erguida Margaret. Sir Francis ordenó al maestro de nao de su bajel: «Largo.» Y al repetir éste con su portavoz la orden de partida, subieron unánimes las velas a lo alto de los mástiles, mientras las anclas, arrancando arena del fondo, se levaban por el esfuerzo de los nervudos brazos de diez hombres que rítmicamente las recogían junto al botolón. Un redoble de tambores prolongó por unos instantes, como un eco, el ruido de cuarenta cadenas culebreando sobre los pisos de los veinte bajeles, y al recibir la caricia de la brisa cerraron formación proa al destino con las velas henchidas de ilusiones.

* * *

La mañana del 16 de octubre, sesenta y tres días después de haber dejado las costas de Inglaterra, la escuadra de Drake navegaba sin incidencias. No habían divisado aún barco enemigo. La mar se había enfurruñado un poco a la

altura de las islas Azores, como para entrenar a los que hacían su primer viaje. Ahora, el buen tiempo permitía a soldados y marinos soñar despiertos -94- con la esperanza de victorias y de fáciles presas. Jimm entonaba su canción favorita, que hablaba de una bella moza de Veracruz muerta de amores por un corsario. La almirante rompía las aguas del tranquilo Océano y el susurro de las olas que lamían glotonamente sus costados invitaba a la paz y a la alegría. Detrás de ella, esparcidas, sin guardar formación, seguían las demás. El vigía de guardia destruyó con un grito el encanto que parecía envolver aquella hora:

-¡Galeaza a la vista por proa!

La voz produjo a todos la conmoción de la sorpresa. Se oyó de nuevo:

-¡Tres galeones a barlovento!

Desde el puente partió la orden:

-¡Todo el mundo a su puesto!

Un marinero izó rápidamente el torrotito de Drake en el palo de mesana. La escuadra era advertida de la presencia de enemigos. En movimiento de abanico los bajeles de Drake se extendieron avanzando a babor y estribor de su almirante, que, momentáneamente, recogió su trapo para dejarse dar alcance. El *Francis* y el *Quicksilver*, quizá los dos más rápidos bajeles de la escuadra de Drake, quedaron en las alas. Ya eran doce los navíos enemigos que se habían señalado, y seguían apareciendo otros. Los artilleros preparaban febrilmente el repuesto de proyectiles. Ágiles como gatos, los hombres de mar subieron a las gavias para estar atentos a la maniobra, mientras otros permanecían junto a los cabos del cordaje, listos a secundar la voz de mando. Sir Francis Drake sonreía en su puesto como si aquello le llenase de vida. Sus ojos relucían en la mañana y las aletas de la nariz se ensanchaban respirando por anticipado el olor de la sangre y la pólvora que se presentía.

La galeaza corrió una bordada cruzando el horizonte hacia el *Francis*. Las velas latinas, tirando de sus tres mástiles, ayudadas con treinta largos remos por banda, hacían volar la nave de Castilla. Las altas estructuras torreadas de la galeaza comenzaron a lanzar proyectiles, -95- cuando estaba como a unos mil pies de distancia del *Francis*. El bajel se avanzó bravamente hacia el enemigo, separándose de las demás unidades. Los buques de Castilla le envolvieron. Drake se dio cuenta del peligro. La flota enemiga tenía una rara facilidad de movimientos. No se veían las panzudas urcas que habitualmente convoyaban los galeones. Era la flota despachada por la Casa de Contratación de las Indias para darle caza, y que había salido del puerto de Sevilla, casi al mismo tiempo que Drake zarpaba de Plymouth.

Veinte bajeles de guerra tenía enfrente. Ocho galeones, dos galeazas y diez carabelas. En conjunto, siendo igual el número de buques, el enemigo tenía más de dos veces su tonelaje. Los galeones pasaban sin duda de quinientas toneladas; las galeazas hacían más de trescientas cincuenta cada una y las carabelas alcanzaban las ciento cincuenta. Los ocho galeones españoles desplegaron en orden de batalla, dando frente a los bajeles ingleses y cortando al *Francis* del resto de la escuadra. El almirante inglés formó una cuña para tratar de defender a su bajel perdido. Por dos veces trató de romper la formación contraria. El fuego implacable de las culebrinas y los falcones españoles era certero. El viento además favorecía la posición de los castellanos, y el *Francis*, abordado por la galeaza y dos carabelas, había sido apresado a pesar del valor de Gladswey, su capitán, que murió disparando sus pistolas sin haber arriado el pabellón. Sir Francis Drake, pálido de coraje, veía la partida perdida; sólo en su nave más de cuarenta muertos dificultaban la necesaria rapidez de maniobra. Providencialmente el viento saltó de cuadrante y pudo dar las órdenes para alejarse. Los castellanos, con su presa, se dieron por contentos y a las tres horas se había perdido en lontananza una escuadra de otra. El *Francis*, nombre puesto en honor del almirante, no habría de volver a la rada de Plymouth.

Cuando al caer la tarde las luces rojizas del sol daban color de sangre al ambiente, sir Francis Drake, solo en -96- su cámara, con la vista abstraída y el

puño izquierdo fuertemente apretado, sintió la mano invisible del destino que le apretaba la garganta en un sollozo. La noche era estrellada y la luna en creciente guardaba manchas semejantes a las que tuviera otra noche, allá en Tavistock, en el Devonshire, hacía justamente medio siglo, cuando naciera bajo igual presagio el niño que hoy, hecho almirante, había abandonado a su mala suerte el bajel que llevaba su mismo nombre.

-97-

▽△

III. La muerte del almirante

Con una espectacular riña de gallos en el segundo puente se festejaba a bordo de la nave *San Andrés*, el día de la Navidad del Señor del año de 1595, al aproximarse a las aguas de Puerto Rico, después de dos meses y medio de navegación, desde que se perdió de vista, junto a los muelles de Sevilla, la Torre del Oro. La calma era casi absoluta y apenas si se andaban tres millas. La panzuda nave que pocos días antes se había separado de la flota para dirigirse a Cartagena de Indias, recogía a conciencia el sol abrasador de las aguas del trópico, y el pasaje, aun a la sombra de las velas, se acaloraba con los gritos que las incidencias de la pelea provocaban en su temperamento apasionado. Cuando la brisa cedía y colgaba lacio el velamen, los espectadores, sudorosos, emanaban un tufillo ácido que, unido al de la pez, al del salitre y al calor asfixiante, era capaz de marear a un bucanero.

Dos gallos luchaban fieramente en el apretado círculo de cuerpos humanos, de un diámetro no mayor de dos brazas, y el más pequeño de sus movimientos era seguido con avidez por los cien ojos clavados en ellos. Eran un gallo gaditano y uno inglés. El gaditano, blanco, con pintas grises, se iba cubriendo de color púrpura. Lleno de heridas, con la cresta casi arrancada, y el plumaje erizado, no cedía terreno a su adversario. Sus duros espolones -98- buscaban el corazón del enemigo, cada vez que éste, más grande y más fuerte, se le echaba encima. Tampoco el inglés estaba demasiado fresco. Sobre sus

plumas negras enhiestas brillaban las manchas rojas de la sangre que brotaba abundante. Un marinero vasco era su dueño y la insolencia de su mirada preludiaba el triunfo de su animal.

-Maldito sea tu inglés, Sebastián -barbotó un extremeño cetrino y delgado que había apostado por el gaditano los cinco escudos que le quedaban para probar fortuna en Tierra Firme, y que parecía iba a estallar de congestión y de rabia-. Vergüenza debiera darte echar ese gallo contra el *Marqués* para que lo asesine y robarme a mí el dinero.

-Así se habla -gritó el dueño del *Marqués*, que con un trapo empapado en vinagre esperaba el descanso para fortalecer y lavar al gaditano-. Pero es mucho *Marqués* para que ese bicho de Sebastián pueda con él. Ni una higa doy yo por el alma maldita de ese inglés.

-Duro con él, *Marqués*: ¡que no se diga!-, apuntó un calafate toledano en tono de chungu.

El gallo inglés de Sebastián, con la cresta del pobre gaditano sujeta por el pico, le hincaba los espolones por junto al nacimiento de las alas.

-Retíralo ya, criminal -le gritaron al dueño del *Marqués*-, que no va a servir ni para el arroz del domingo.

-¡Bravo, *Marqués*! -rugió nuestro extremeño. Y antes de que Sebastián pudiera darse cuenta, su gallo se desangraba en un charco con el corazón atravesado por el acerado espolón del gaditano, que sobre su agonizante contendiente lanzaba el grito de victoria, estirándose con el orgullo rebotante del gallo vencedor.

Sebastián recogió lo que había sido su gallo, aguantando las cuchufletas del público y la indignación de los que habían confiado en el tamaño del bicho para ganar unos escudos. La gallera improvisada se fue disolviendo entre disputas y comentarios. Dos pajes limpiaron las señales sangrientas de la pelea, con unos cuantos baldes de agua, y tripulantes y pasajeros esperaron

como todos -99- los días con buen apetito la hora del almuerzo un tanto ilusionados porque la festividad que celebraban añadiese cualquier extraordinario de vaca o de ave a las raciones de puerco salpreso, ya exiguas a aquella altura de navegación.

Al sol del mediodía el capitán Vergara ordenó las salvas de reglamento. La costa de San Juan se percibía limpia y el capitán esperó oír pronto el sonido de los «basiliscos» festejando su llegada y la fecha de Navidad con veintiún cañonazos.

La calma de los últimos días había salvado al *San Andrés* de recalar en San Juan a tiempo que el almirante Drake intentaba el asalto de la plaza y dejaba cincuenta hombres y dos bajeles, después de haber enviado a reposar eternamente a su maestro Hawkins al fondo de los mares antillanos, muerto de fiebres al largo de las islas Vírgenes.

* * *

No marchaban las cosas bien en la flota del almirante Drake. Diecisiete navíos en crucero de corso parecían regidos por la mano arbitraria de un lunático. En su cámara o en el puente, la faz de sir Francis revelaba siempre la angustia y el desconcierto. Su maestro y su amigo Hawkins había pagado su tributo al mar, en el que tantas veces saliera victorioso de las empresas más arriesgadas. Pasto de tiburones, como la mayoría de los corsarios. Esta imagen no se borraba de la mente de Drake. Y ahora, no era ya el corsario que haciendo méritos ante la Corte, buscaba gloria, carrera y provecho. Su nombre corría en boca de ingleses para venerarle y en boca de españoles para execrarle. La *Golden Hind*, sobre la que había navegado todos los mares del planeta, cumpliendo así para Inglaterra la aventura en la que antes había muerto Magallanes y triunfado el marino de Guetaria, debía ya reposar triunfalmente para la posteridad bien carenada y con las letras en oro sobre su redonda popa, prestándose al juego de palabras y a la -100- duda de los visitantes¹ que fueran a admirarla. No, él, el gran almirante ennoblecido por su reina, no podía ser pasto de tiburones. Como su *Golden Hind*, tenía que ser un

recuerdo perenne. Sus huesos habían de reposar eternamente en la aldea de Tavistock, bajo un imponente monumento en mármoles, para orgullo de los que luego tuvieran la suerte de nacer en aquel grupo de casitas, junto al río. El símbolo en piedra, y el símbolo del agua del Tave, marchando irremisiblemente a mezclarse con las aguas del mar.

Las largas horas de la noche en los mares calientes torturaban al almirante. No dormía. Los labios reseco y los ojos hundidos iban abatiendo la gallardía de aquella figura que, todavía a los cincuenta años, hubiera dado, sin eso, la impresión de señorío y dominio.

* * *

Una noche de brisa fresca y continua en que los navíos avanzaban unánimes y regulares en su marcha, el almirante subió al puente. Su tez se veía pálida a la luz de la luna en menguante. Apoyado en la borda del castillo de popa llenaba sus pulmones con el aire saturado de sabor de mar. La noche era limpia y estrellada. A lo lejos, por estribor, se recortaba la silueta del cabo de la Vela. Un fuego de San Telmo jugaba en el extremo del palo de mesana, y de vez en cuando bandadas de millares de peces voladores ofrecían sus escamas de plata al reflejo silente. El antiguo corsario sentía estallarle la cabeza y uno que otro estremecimiento le sacudía en una convulsión casi placentera de la que salía rendido. La gente dormía, y los de guardia, inmóviles en sus puestos, por respeto al almirante, a quien habían visto reiteradamente apretarse la cabeza entre las manos, daban la sensación de una tripulación fantasma. El almirante clavó con fijeza los ojos doloridos en la estela luminosa del barco. Como a veinte brazas por la popa y en medio -101- la blanca espuma, el triángulo negro de una aleta de escualo parecía cortar la pureza de aquella cinta ondulada que se perdía ensanchándose hasta confundirse con la masa anónima del Océano.

«¡Pasto de tiburones!», se dijo a sí mismo en voz quebrada. Y apartó la vista en un raptó de cólera, de ira y de miedo.

Bajó al primer puente, donde, sujetos a la barra del timón, dos marineros gobernaban la nave. El oficial de guardia se le acercó respetuoso:

-Ninguna novedad, sir.

Como si despertase, Drake le miró para reconocer al que le hablaba.

-¡Ah!, sí, bien -contestó. Y cuando el oficial iba a alejarse, dijo:

-Sí, sí hay novedad, Pearson. Avise a la escuadra. Rumbo a Rancherías. En orden de batalla y todo el mundo a sus puestos. Que estén listos doscientos hombres para desembarco. Yo los mandaré, y conmigo que venga el capitán Mackpherson y al alférez Will.

Y como el oficial le mirase con asombro, replicó iracundo:

-¿Desde cuándo se quedó usted sordo, Pearson?

* * *

Y así, primero Rancherías, luego Río Hacha, después Santa Marta y por último Nombre de Dios, conocieron la iracundia del almirante obseso por la próxima muerte. Quiso cruzar el istmo de Panamá para caer sobre la Audiencia. Setecientos cincuenta hombres le seguían. En esfuerzo titánico se sostenía en pie. Sin la tensión de su voluntad de hierro, las rodillas temblaban. Noventa muertos quedaron en la intentona. Hubo que regresar. Su fiel Jimm había perdido el antebrazo izquierdo al parar un golpe dirigido certeramente por un español, contra el almirante. Y el 15 de enero, de regreso a bordo, tuvo que guardar cama.

-102-

Llamó a Jimm junto a él. El bravo cabo de escuadra apenas si podía contener la emoción. Nada le importaba su antebrazo amputado y todavía sangrante, pero presentía el fin de su amo.

-Jimm -le dijo-, no tengo miedo. Sé que voy a morir, me lo dijo la luna el día de Año Nuevo. Tenía unas manchas rojas como las que veo por las noches cuando cierro los ojos sin poder dormir. Pero yo no soy pasto de tiburones. No, no digas nada -añadió al ver que Jimm iba a interrumpirle-. Sé lo que serías capaz de hacer por mí, y lo que has hecho. Esto es más sencillo. Quiero una caja de plomo grueso para dormir en ella tranquilo bajo las aguas y quiero que sepas tú exactamente el sitio donde se le da fondo. Prepáralo todo; y ahora vete, Jimm. Quiero tratar de dormir. No puedo más y no puedo dormir. Veo a mi esposa y a tu pobre Margaret diciéndonos adiós en el muelle de Plymouth, y allí estarán para esperarnos cuando tú vuelvas solo. Dile que por ella siento no vivir más. No, no le digas nada. Ella lo sabe. Vete, vete, Jimm.

El alegre galés parecía otro. Besó respetuosamente la mano alargada de sir Francis y conteniendo un hipo de llanto salió de la cámara.

* * *

En el centro la nave almirante y en semicírculo ocho bajeles como resto de la escuadra que salió de Plymouth, estaban anclados en la bahía de Nombre de Dios. Amarras reforzadas sujetaban las naves. El viento silbaba en los cordajes y arrastraba hacia Poniente las llamas de las hachas que sostenían cien hombres de mar y que no podían reprimir el temblor de sus fuertes brazos.

Sobre el castillo de popa de la almirante, el capitán Mackpherson, con voz casi rota, leía unos salmos a la luz desigual de las antorchas. Junto a la baranda, una gran caja de plomo con la tapa abierta permitía ver el cadáver de sir Francis Drake, almirante de la armada de Su Majestad la reina Isabel. Un sable corto de abordaje -103- con piedras en la empuñadura descansaba a su costado izquierdo. En sus manos, apoyadas la una en la otra, un crucifijo de oro abría sus brazos. Terminada la lectura, el capitán se acercó conmovido y ayudado por Jimm cerró la tapa de la caja. Guardó la llave en su casaca de gran uniforme, y a su orden ocho marineros izaron el pesado arcón, envuelto en el pabellón de los Tudores y se oyó un ruido sordo de chapoteo.

-¡Dios lo lleve a su lado!

Y después:

-¡Soldados y hombres de mar: Dios salve a la reina!

La noche era sin luna. Las nubes corrían bajas y amenazantes. Gotas grandes y calientes comenzaron a caer sobre cubierta. En la cara de Jimm, el fiel cabo de escuadra galés, las gotas de agua eran amargas y habían salido, empañando la mirada de su único ojo azul, que seguía viendo a su almirante comandando la flota a la salida de Plymouth, aquel día de agosto del año anterior, cuando su buena Margaret le decía adiós desde la orilla.

Con dificultad anotó en una pequeña tabla: «Frente a Nombre de Dios, 28 de enero de 1596.»

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo